

testarla; contra dos mujeres indefensas todo cobarde es valiente y mira, yo no sé si me sentiría hoy con fuerzas de repetir el guantazo que le di anoche con tu permiso. Quieta, pues, por lo menos hasta que venga Nepomuceno, que supongo sabrá arreglarlo todo á satisfacción general. Si quieres, te dejaré encerradita con llave, para mayor seguridad tuya y tranquilidad mía.

—¡Ay, sí, sí! —Lloró la señora, — ¡y te la llevas, Leona; tengo miedo, me inspira horrible miedo, á qué extremo hemos llegado!

Las chupadas de las mulatas advirtieron que no debían prolongar el secreto delante de testigo semejante, y la ordenaron que dejara entrar al sol, que asomó tristón, con mal humor, sin duda, de que le obligasen á dar luz á la desolada alcoba.

Bajo la venda, señal evidente de su infortunio, misia Jeromita seguía llorando. Acercose Pantaleona para levantar el improvisado apósito, y ella, que la contemplaba tan flaca y ojerosa, experimentó nueva tortura, mayor dolor del que hasta entonces sintiera; recostando la cabeza sobre su hombro, murmuraba angustiosamente:

—¿De veras que me perdonas? ¡Leona, hijita mía! no tardes. ¡Llévate la llave! ¡Le tengo miedo, horrible miedo!

VIII

Es creencia vulgar que en los cuentos, novelas y toda clase de bonitas patrañas compuestas para distraer el ocio, la casualidad ha de tener grande parte, ayudando al autor de manera que éste deja que vaya ella tejiendo la trama y la desenrede luego, y obstáculo que encuentre, á ella acude, que le remedia al punto; más, si esto en cosas de imaginación suele ser verdadero, en la vida real pasa como indiscutible y repetido accidente, porque la susodicha casualidad, libre de las impertinencias de autorcillos caprichosos, dispone de los destinos humanos á su antojo y los enmaraña, corta, anuda, enlaza ó separa, sin que valgan las leyes del arte ó de la razón, que en cierto modo gobiernan las novelas y comedias. No se atribuya, pues, á intervención mía en los sucesos de que soy torpe cronista, el que Pantaleona se encontrara con Jorgito Cadenas al subir al tranvía, aquella mañana que fué, por encargo de la acongojada misia Jeromita, en busca de D. Juan Nepomuceno para que enderezara lo que los amores florentinos habían torcido tan miserablemente; era el tranvía el de las diez, el mismo que conducía á Jorgito todos los días laborables á la ciudad, y así se dió de narices con él, que fumando iba en la plataforma.

Cualquiera sabe el género de sentimientos que alimen-

tan estas almas decadentes, llamadas á sí propias *fin de siglo* con galicana fatuidad. ¿Fué emoción amorosa, remordimiento, deseo de paz, banal galantería, acaso intención grosera (dada la fama que en el barrio gozaba la infeliz muchacha), ó también alarde de petulancia, viéndola tan desmejorada y abatida, seguramente de resultas del rompimiento? Todas estas interpretaciones pueden darse al rápido ademán con que el Cadenitas saludó el paso de Pantaleona, muy metida ésta en su esclavina de pieles haratas, con velillo á la cara y sombrero ajustado á la moda por sus hábiles manos... y á la sonrisa amistosa, al tender de la diestra, luego de arrojar el incivil cigarrillo; y rechazados sus avances, con natural dignidad, á la desembarazada acción de sentarse en el banco, junto á ella, dando á entender al público que era aquella conquista suya y segura. Pantaleona iba sola, porque más necesitada de compañía estaba la hermana enferma que su honestidad, y así se puso de mil colores y pasó angustias mortales; él la hablaba al oído, disculpándose, protestando contra la tiranía de misia Elvira y la oficiosidad incorrecta de Dolorcitas: si el pleito era entre los dos, ¿quién metía á los demás en el pandero? Él, palabra de honor, jamás creyó lo que las chismosas y calumniadoras inventaron; jamás, jamás, palabra de honor; ¡sí, disgustado del paso atrevido de Dolorcitas, y desposo de arribar á un decoroso avenimiento, determinó de ir en demanda y oferta de mutuas explicaciones al señor Monreal! porque olvidar la no podía, y soñaba día y noche con el delicioso *fresal* de su nuca. Lo menos tres docenas de poesías llevaba compuestas en su honor. Que le dijera, con noble franqueza, ahora que la casualidad les había reunido, qué pitos tocaba en la casa aquel condenado inquilino, que como fueran satisfactorias sus excusas, la daba á la mamá el gran disgusto haciendo las paces más sonadas que hicieron novios en el mundo.

No contestaba Pantaleona, alisando el manguillo de felpa sobre la falda, y á cuanto él repitió, ya manso, enojado

ú ofendido, ella no le hizo más caso que á un mocón que zumba: alizaba el manguito, miraba por la ventanilla de enfrente con afectado interés, tosía y bostezaba á posta, para enrabiarle más y darle á sentir su desprecio. Pero, cuando éste quedó marcado y lo observaron los pocos viajeros que en la aburrida compañía cabeceaban, fué al presentar los billetes el mayoral: echó mano al bolsillo Jorgito y quiso pagar el suyo y el de la joven, no lo consintió ella, y como él insistiera, Pantaleona, friamente, entregando el papelito de veinte centavos, cortó la cuestión diciendo:

—¡Caballero, muchas gracias! ¡usted me dispensará si no acepto... No tengo el honor de conocer á usted!

La cara de Jorgito mostró las mismas señales vergonzosas del que recibe una bofetada, como si, en efecto, la hubiera recibido, se corrió de manera que no volvió á chistar: mordiose el bigotillo, y no se estaba quieto, por guardar la mayor compostura que el desaire consentía; hubo un momento en que le sofocó el amor propio, y se inclinó hacia Pantaleona con ánimo de soltarla cuatro frescas, de decirle que á él, Jorgito Cadenas, ninguna *piruja* le faltaba, y menos quien daba tanto gusto á las lenguas conduciéndose como la más desenvuelta mujerzuela... Pero, la *piruja* guardaba el ceño fruncido, y le pareció que no debía pro-vocarla á una disputa en plena calle: la miró con sorna, carraspeó con insolencia, y abandonó el asiento; luego, se apeó, desapareciendo ignominiosamente.

—¡Tipo! ¡retipo!—le despidió la joven mentalmente, sin inmutarse ni volver la cabeza.—¡Cobardón! ¡que haya podido yo quererle!

Aquí vendría de perilla un discurso psicológico, bien enrevesado para que pareciese más profundo, explicando, ó tratando de explicar las causas del desvío de Pantaleona, y las etapas (así creo que debe de decirse) que siguió hasta estallar en la forma que se ha visto; pero, hay almas transparentes que rechazan todo estudio por inútil, y la de

la cándida hermana de misia Jeromita no ocultaba que el afrentoso carpetazo de Jorgito, hiriéndola en lo más sensible, en lo que más duele, en su orgullo de mujer, mató el amor que le tenía, amor de tan escasas raíces, en verdad (y cúlpese de ello á la decadente poesía del mancebo) que más daño la hizo á Pantaleona la ofensa, que el arrancárselo. Así quedó satisfecha de haberla vengado, muy tranquila; y figurándosele por esas calles hecho un toro, se decía:

—Si no puede ser que yo haya querido á ese tipejo, tan estúpido, tan desabrido... ¡Qué cara ha puesto! ¡cuánto me alegro! ¡toma, toma!

Es lo cierto que bajó Pantaleona en la calle de Montevideo, y con paso vivo se encaminó á la casa del primo Monreal, sabiéndole á nuevo cuanto veía, sin duda por la influencia del aire de la libertad; seguramente que estaría el primo: eran las diez y media. Pues, á las diez y media daba él su última vuelta en la alcoba y se sentaba á leer los periódicos, hasta las once, que salía á almorzar; á las doce en punto entraba en su oficina. Iba á encontrarle, pues, leyendo, y le daría un susto... Andaba la joven por la acera del sol, que calentaba poco, buscando el número, porque estas casas de planta baja todas se parecen; al fin la descubrió y no tuvo necesidad de tocar el llamador, porque misia Mercedes estaba en el patio escarpando sus tiestos. ¡Qué sorpresa y desagrado para Pantaleona cuando la comunicó misia Mercedes que el señor D. Nepomuceno había salido á eso de las nueve, sin dejar dicho si volvería ó no volvería!

—¿Y á dónde le busco yo ahora?—exclamó la muchacha dando una patadita.

—Espérole usted aquí, mi vida,—cantó la señora que era del propio Corrientes y á quien el ostracismo bonaerense no la había despegado la tonadilla, ni la costumbre de los moteos dulzones—puede que venga antes de media hora; pase usted á la sala, corazón: dichosos los ojos que la ven á usted, lucero...

Signió muy contrariada Pantaleona á misia Mercedes hasta la salita en que la amable viuda del vista de Aduana la invitó á sentarse, y allí supo, entre un chaparrón de poéticos dictados, que el señor Monreal se había echado á perder de modo que nadie le conocería: el hombre tranquilo, metódico, manso, dócil, *que no tenía boca*, y llevaba camino de merecer la canonización en vida, no existía ya; de dos meses á esta parte dió un cambiazazo extraordinario: llegaba á deshora, trasnochaba, se levantaba tarde y andaba malhumorado; recibía cartas casi todos los días, de la ciudad, y cada carta le ponía peor.... A veces escribía hasta las tantas. En fin, que era otro, enteramente.

—Para darle á usted una prueba, mi vida, de cómo está el hombre, diré á usted que esta mañana, sin ir más lejos, tuvimos unas palabras..... Usted sabe, mi vida, cuál ha sido mi posición, y que si mi esposo viniera no me vería yo alquilando piezas. Pues el santo varón, empeñado en que no se le limpie el cuarto.... A ver, estrella mía, ¿voy yo á ponerme ahora de barrendera? Demasiado hago con arrear á Zenona, que me saca la indina canas verdes.

Las mostró la viuda, con vivo ademán, y eran verdes, en efecto, del mal tinte que les daba. Su rostro alargado, la fina piel, los ojos inmensos y el buen talle expresaban elocuentemente que las pasa las primaveras de la dama correntina debieron de ser de rechupete.

—Si hubiera dejado la llave Nepomuceno y usted me o permitiese.... —indicó Pantaleona.

—Con mucho gusto, sol mío, vamos allá.

Estaba la llave colgada de una escarpia, detrás del pintado zarzo en que se enredaba un soberbio jazmín, y misia Mercedes la cogió, diciendo:

—No sé si habrá hecho la cama Zenona. ¡Ah, mi vida! estas chinas dan un trabajo.....

¡Santo cielo! las dos habitaciones aquellas, que eran as de la calle, semejaban una perrera; tan revuelto, desor-

denado y suro aparecía todo: ni escoba ni plumero entraron en los dos meses, seguramente, y si hubo manos que en algo quisieron probar que se ocupaban, fué en la correcta alineación sobre la cómoda de las fotografías de Pantaleona y el lazo fúnebre que coronaba el alanceado retrato de María del Socorro, la beata. Espantose la muchacha á la vista de aquel nido, digno de un *carancho*, el pajarranco que por acá disfruta de mejor fama de gorrino, y pidió á voces instrumentos de limpieza: se quitó los guantes y el sombrero, se lió en la cabeza un pañuelo y á guisa de delantal una toalla....

—¡Pero, estrellita mía, se va usted á poner pérdida!— exclamó horrorizada misia Mercedes.

Escoba en mano, arremetió Pantaleona contra la porquería, y la desalojó de sus posiciones, persiguiéndola en sus más recónditas guaridas: formó el polvo espesa nube; misia Mercedes huyó tosiendo lastimosamente, y tras de ella, á sendos plumazos, los últimos átomos, que la corriente de ambas ventanas ayudaba á barrer; luego puso orden la muchacha en las prendas de vestir, que cepilló, limpió y dobló con mucho primor; lustró el espejo, fregó el lavabo. Y habiendo hallado una aguja mohosa, se sentó á coser unos sietes del forro del gabán, muy encarnada por la fatiga, pero satisfecha de su victoria.

Dando una puntada, sintió pasos en el zaguán que se le figuraron ser los de Don Nepomuceno, y se escondió con infantil picardía, y le hizo: *Cucú*.... así que entró el primo, sorprendido del aliño de la habitación. Pantaleona asomó la bonita cabeza por la abertura de la cortina, y repitió:

—¡Cucú! Soy yo. ¿Quién podía realizar el milagro? Buenos días, Nepomucenito.

Grandes fueron el asombro, el alborozo y el susto de Monreal. Aquel extraño impulso que sentía siempre cerca de la primita, de besarla los lunares rojos, gracioso emblema de su hermosura, y que la costumbre de dominarse

contenia fácilmente, lo experimentó ahora con mayor fuerza: en medio de la pieza, los brazos extendidos, bañada la media cara en alegre luz, exclamó:

—¡Leoncita! ¿aquí? ¡Ay, qué gusto! hoy que esperaba tu carta, antes de ir... pero, ¿ha sucedido algo? ¿Qué ha sucedido?

—Mucho y malo—contestó rápidamente Pantaleona;— ya comprenderás que mi presencia no puede ser de buen agüero. Vengo á buscarte, por encargo de Jerónima.... La mina reventó al fin, y por donde menos se pensaba.

—Ese hombre... insinuó Monreal tragando saliva.

—¡Su marido, Nepomuceno, su marido—rectificó la joven con aspavientos.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí, me lo ha dicho. Y me ha explicado la razón del tapujo. ¿Lo sabías tú también?

Monreal se calló. Luego, con trabajo y visible disgusto, declaró:

—Lo sabía. Es su marido. Jerónima no ha mentado.

—Bueno; entonces ¿qué significa esa afirmación de tu carta de ayer, sobre la próxima y segura partida del señor Lucca?—¡Explicame, Nepomuceno, dime la verdad! Este es un enredo que no lo comprendo. Me dan ganas de llorar.... ¡Como si no hubiera ya llorado bastante! ¡Mira qué cara traigo, y dí si esta Leona es la misma del jueves santo, aquel de tu última visita! ¡Ay, Dios mío!

Don Juan Nepomuceno la cogió cariñosamente las manos, y sentado en el sofá, ya más tranquilo, la habló él así:

—Ante todo, hija mía, no me preguntes nada. Conténtate con lo que sabes, que es ya bastante para disculpar la conducta de Jerónima en lo tocante al agravio que se creyó hecho á la moral. Ese señor Lucca es su marido ¿qué quiere? Extravíos injustificables, pero que no hay más remedio que perdonar.... ¿Cuál es, pues, el enredo aquí? ¡La afirmación de mi carta! Ella se refiere, sencillamente, á que los

informes del señor Lucca no son favorables: por consiguiente, si de los tales informes se entera, como ha de enterarse, Jerónima, y de eso respondo yo, la situación del señor Lucca quedará muy comprometida. Y será lo que Dios quiera. Nada más, hija, nada más. Hoy pensaba ir yo, sin dilación: Ayer la encontré, á Jerónima, y la hubiera hablado, si ella no lo evita. Porque tengo que hablarla de cosas muy graves, gravísimas... ¡Pobre Jerónima! ¡He pasado unas noches! ... Tus cartas me volvían loco. ¡Tu ignominiosa prisión, tu desesperada protesta, tus luchas, tus voces de auxilio! Y yo atado, Leoncita, atado, créemelo. ¿Qué adelantábamos con provocar á Jerónima? Jerónima ciega, rabiosa, loca... ¿Qué hacia yo de tí? ¿Te sacaba de casa de tu hermana para traerte conmigo? Imposible, imposible. Teníamos que esperar y sufrir esperando... Pero ahora no hay que esperar más. Volvamos al objeto de tu venida, que me alegra, porque te veo después de tanto tiempo, y me asusta á la vez: ¿qué ha sucedido? ¡Jerónima me llama, Jerónima se ha confiado á tí! ¿Qué ocurre, Leoncita, ¿qué ocurre?

—¿Qué? ¡Pues, nada, Nepomuceno! Figúrate...

Cada vez que Monreal quería ocultar una emoción, volvía la cara del lado que asombraba la mancha vino: a, de modo de presentar al interlocutor la media faz muda é inmovible; la relación de los inauditos sucesos de la noche anterior, no reflejó nada en ella, y creyérasele indiferente si con frecuencia no levantara su mano la canosa perilla, hasta morderla en la punta.

—Figúrate... —decía Pantaleona—¿cómo no olvidarlo todo? ¿cómo no perdonarla?

Monreal dió una palmada.

—¿Conque la ha pegado? Bien, bien. ¡No es mal castigo para ella, que se lo ha buscado ciegamente! ¡Y ahora se acuerda de mí!...

—¡Ay! ¿Te niegas á ir, Nepomucenito? No seas rencoroso: mira, que aunque sea á lazo te he de llevar.

—No, si no me niego, al contrario. Lo de anoche y la nueva actitud de Jerónima ayudarán á precipitar la solución.

—Eso es otra cosa. Y arreglarás todo muy bien...

Tan bien, que, si gracias á esos horribles informes de la ferreteria, se lograba que el italiano emigrara de la casa, mejor que mejor. Porque, aun sabiéndole marido de misia Jeromita, no lo podía ella pasar, de veras, y la vida en común la repugnaba tanto ó más que antes. Luego, lo indispensable y lo urgente era mudarse, salir del Caballito, paraíso que fué de su juventud, hoy infierno de chismes: no quería vivir en el Caballito; no quería volver á ver á las Cadenas, tropezarse con ellas á cada rato, y con el tal Jorgito, como ahora en el tranvía... Halló alegre sonrisa para contar el paso del tranvía, y Don Nepomuceno, distraído bruscamente de sus preocupaciones, se rió también, y sufrió el nuevo acosón del deseo en los labios indiscretos.

—¡Le despediste!—dijo conteniéndose y apartándose de ella—¡bravo! ¡así, así; duro con él!

—¿Y entonces? ¿después de lo que hizo? Soy yo tan orgullosa, que aun estando enamorada de él le hubiera tratado lo mismo. Y no lo estoy, ni le estuve, cuando por aquí no pasa un alma. Ahora, Nepomucenito, quedarás satisfecho, tú que le odiabas tanto, que le tenias celos... Y cuando enviudes, como pretendía la pobre Bastiana, podrás casarte conmigo.....

—¡Qué atrocidad! ¡Leoncita!

Del respingo, Monreal se fué al extremo del sofá. Pantaleona reprimió una carcajada.

—¡Miren el vejestorio! así te lo hicieran bueno, ché. Por lo menos, habría aquí más limpieza, orden... y etcétera, señor primo.

—Déjate de bromas—dijo Don Nepomuceno gravemente, volviendo la parte oscura del rostro, con alarmante temblorcillo de la ceja.—Bastiana ha dicho un disparate y tú desbarras repitiéndolo. ¡Espantoso disparate, Leoncita!

Yo te quiero.... pero no de ese modo. Y tú me quieres también....

—También, y ¿lo digo? ¿lo digo? pues, sin los sesenta años, me gustarías mucho, Nepomuceno.

—¡Leona, Leoncita! Cállate, que me enojaré de veras ¿Estamos locos todos, como Jerónima?

Se acercó á ella, y de nuevo la cogió la mano, armada todavía de la aguja. Y acariciándola suavemente, añadió:

—¿No has de quererme, si puedes y debes considerar-me como á tu padre? Me contento con que me quieras así, Leoncita. Yo también, yo también te considero á tí como á una hija.... Te lo he probado y te lo probaré. En verdad que cuando vienes, todo lo perfumas é iluminas: te vas y se oscurece el cuarto, pero queda embalsamado. Estos dos meses han sido de muerte para mí.... ¿Y á que no has observado una cosa, Leoncita? Por algo ha salido hoy el sol y estás aquí: ¿de qué color es mi corbata? ¿y mi traje? ¿y el lazo aquel de ese retrato?

—¡Ah! —exclamó la joven, asustada.— ¡Te has puesto luto, Nepomuceno! ¡Has enviudado! ¡Socorruto ha muerto!

—Ha muerto ayer. Esta mañana recibí el telegrama.

Sobrecogida, Pantaleona miraba el maltratado retrato de la beata, que entre las señales de su martirio, cortes horrendos y despellejaduras, mostraba los ojos hermosos, la boca fina, de hundidas comisuras; recordaba haber oído decir que poseía una mata de pelo extraordinaria, que tocaba al suelo, y para peinarla hacíanla subir en una silla y tenerse tiesa una hora, mientras la alisaban y trenzaban. Nunca se enteró Pantaleona de las picardías que pudo cometer la prima Socorruto para disculpar el odio y la separación de Don Nepomuceno; no la conocía tampoco, sino de nombre: asimismo, sintió mucha pena, y suspiraba mirándola. Monreal recobraba su alegría.....

Muerta, sí señor. Bastante había tardado en entregar su alma al diablo, su padrino. Ya estaba libre de ella, y la pensión forzosa que la servía, suprimida. ¡Qué alivio!

Cuando leyó el despacho, lo creyó mentiroso traductor de su deseo, y convencido al fin, se vistió de negro, decente transacción á que cedía muy á gusto, y á fué poner el péssimo á uno de sus cuñados, Luis, oficial segundo de correos en Catamarca y único de la familia con quien conservaba tibia relación; al feroz Don Tadeo ni le escribiría siquiera. ¡Buena pieza la tal Socorruto! ¡Que en paz descanse!

—¡Jesús, Nepomuceno! — exclamó Pantaleona;— ¡Que hables así, muerta y todo la pobre! ¿Qué te hizo, á ver?

Resopló Monreal, triturando la punta de su perilla. Y como no respondiera, la joven interpretó aquel silencio por elocuente pregón de las culpas de la difunta, las que debieron ser tales, que repugnaba la castidad de sus oídos, se ruborizó de su indiscreción, que le pareció tan grave como incómodo el recuerdo de la prima, sombra que entre los dos, en el mismo sofá, alzabase iracunda, y sintió extraña alarma de su pudor, viéndose sola en aquel cuarto; algo que jamás sintiera, vergüenza también de su abandono, de sus excesos de confianza con el que ella motejaba incontinentemente de mil cariñosas maneras, de sus bromas candorosas, de todo cuanto formara hasta allí la levadura de su afecto por Monreal, el primo á quien los sesenta años no pesaban tanto, libre ya de la esclavitud de Socorruto..... Se puso en pie, repentinamente, diciendo que se marchaba porque misia Jeromita estaría desesperada y sabe Dios lo que habría ocurrido; antes que Monreal indicara la idea de acompañar'la, puesto que á buscarle vino, antipose ella á proponer que fuese después, porque los que les vieran juntos murmurarían, de seguro.

—¿El qué?— saltó el viejo descompuesto.— ¿No son mis canas bastante garantía? ¡Qué inocente aprensión! Si se atrevieran..... No desbarres, Leoncita, por favor! Si supieras lo que dices..... De todos modos, no te acompañaré: tengo antes que tomar un bocado y pasarme luego por el Ministerio á prevenir que hoy faltaré á la oficina: los empleados, hija mía, esclavos somos de la oficina y del jefe-

¡Malhaya quien me dió el primer empleo y me inutilizó por la vida! Yo no soy un hombre, soy una máquina, una máquina con los muelles enmohecidos ya. Hasta luego, Leoncita, y muchas gracias por los escobazos y los plumerazos de tus diligentes, preciosas y adoradas manos. A Jerónima, que aguarde. Y cuidado con hacer barullo..... Daría cualquier cosa por no tener que habérmelas con este desgraciadísimo asunto, que urge resolver, sin embargo. Dime, el otro, el gringo, está allí?

—Sí no sé

—Pues si no está, mejor. Sería conveniente que no estuviera.

Con palabras embozadas expresó lo grave del conflicto, lo vergonzoso de la situación, el desagrado que le causaba y la poca gracia de intervenir él, hombre pacífico, en lo semejante. Sólo por el honor de la familia, por el cariño de sus dos primas. Pantaleona dijo:

—Que no te arrepientas ¿eh? No contamos sino contigo: ignoro cómo lo arreglarán ustedes, ni qué clase de arreglo pueda tener.....

—¡Ah!—contestó Monreal, amenazador.—¡En cuanto á eso, descuida! Ya verás si sirvo yo para diplomático. Pero no me preguntes nada, nada.

Y suavizando el tono, la mirada y la expresión de su fisonomía, repuso:

—¡Adiós, picarona! ¿Conque rehusas la compañía del primo viejo? ¡Ah, tonta! ¡Ah, inocente! Ya me las pagarás.

Temió la joven que se apoderase de su mano otra vez, y la singular alarma creció de modo que, por no ofenderle abiertamente, evitó la ocasión encerrándolas en el manguito y salió á escape, muy turbada y hasta furiosa consigo misma de aquellas desatinadas ideas que la muerte de María del Socorro había engendrado. Nunca, nunca se la ocurrió tal cosa del del primo Nepomuceno: ¿por qué ahora? ¿por qué?.....D. Nepomuceno la despidió en el mismo portal, y se entretuvo en admirar su gracioso meneo por la

acera; andaba tan de prisa que en dos minutos la perdió de vista, pero él permaneció parado, como si la distinguiera aún, atusándose la perilla. Cuando entraba en el patio, vió á misia Mercedes entre sus tiestos, la que trató de ocultar, con pudoroso movimiento, un atroz cigarro de hoja, resabio de sus malas costumbres provincianas, no tan diestramente que él no lo descubriera.

—Eche usted su cigarrito sin temor, señora—dijo D. Nepomuceno.—¿Tiene usted vergüenza de mí? ¡No se la primera vez! ¡Cran noticia, misia Mercedes, ha muerto mi mujer!

—Le felicito á usted, señor Monreal—contestó la viuda, meliendo en la boca la tagarina—nunca es tarde, señor Monreal.....Ya conoce usted el refrán.

Penetró el digno empleado de Hacienda en su habitación, cogió el retrato de Socorrito y le partió en cuatro pedazos. Luego arrojó los cuatro pedazos al cubo, y sobre él la última maldición. Negras reflexiones debieron asaltarle porque se sentó en el extremo del sofá donde Pantaleona había estado sentada, y se estuvo, las manos cruzadas, los ojos fijos, gran rato; el aroma de la joven, subiendo á sus narices, como las ondas de sagrado pebetero, ahuyentó las negras ideas, le mareó, arrancóle dulce sonrisa.....Y encaminándose hacia la cómoda, uno tras otro, sobre cada fotografía, depositó largo beso, figurándose, con amorosa ilusión, que no era en la fría cartuliana donde pegaba sus labios, sino en la tibia y moteada nuca de Leoncita.

Diose prisa, en seguida, por cumplir el arduo encargo que recibiera, y con la mecánica parsimonia de costumbre se puso el sombrero sin cepillar echó, la llave á la puerta y la colgó en la escarpia, detrás del zarzo, avisó á misia Mercedes que salía y se fué por la calle de Cuyo al centro, á la fonda donde era pensionista de muchos años, y que sustituía más ó menos limpia, económica y acertadamente, con mayor ó menor gusto del paladar y salud del estómago, la mesa propia, siempre deseada, de que le privó su triste

estado de solterón (pues por tal podía contarse), con otros goce domésticos también apelecidos de su carácter blando y su morigeradas costumbres.

Creo que han derribado ya aquella casa de la calle de Cuyo, en que estuvo instalada la *Antigua Fonda Española*, de Benito Romacha. Era de las bajas, de azotea, y aparecía pintada de color de rosa, con dos banderas cruzadas debajo del letrero *Se sirven viandas á domicilio*, entre las dos puertas que, por escalones gastados y sucios, daban acceso á la sala; ésta, vestida de papel con flores amarillas y encarnadas, tenía hasta media docena de mecitas, en que lo basto del servicio no excluía la pulcritud de que se envanecía doña Manuela, la viuda de Romacha, entonizada siempre en el mostrador del fondo, tan gorda y reluciente como una manzana de su tierra, que era la propia Reinosa, para servir á ustedes. Tenía, además, la sala una bonita lámpara de gas, envuelta casi toda ella en rosados tules por temor de moscas, y sobre las paredes una legión de grabados de la guerra de Africa, descollando el retrato de Prim en colores....

El más antiguo pensionista era Monreal. El vió morir á D. Benito, el montañés francote y bondadoso, crecer á las dos chicas, Pepita y Carmen, á Pepita casarse muy bien con un tendero acomodado, y á Carmen con un estudiante, que fué luego médico y andaba arrastrado en coche; vió Monreal refrescar la patriótica decoración de la sala cuatro veces bien contadas y conegó diez y ocho mozos y no sé cuantos parroquianos: la mesa de la derecha, junto al mostrador, se la destinaban á él, y de su aseo y buen servicio cuidaba la misma doña Manuela, que consideraba al empleado como de su familia, y á quien consolaba de sus tristezas de hombre solo con muy atinados consejos, porque era la de Reinosa de tan sano corazón, que igualaba sus propias mejillas.

Pues, aquella mañana, 1º de Junio, apenas entró Don Nepomuceno, enlutado y grave, doña Manuela se asustó

creyendo que á las señoras primas del Caballito, de quienes tanto bueno le oía hablar, las hubiera ocurrido alguna desgracia; también el mozo, servilleta al hombro, le salió al encuentro, solícito y preguntón.... Dió los buenos días Monreal y anunció:

—¡Mi mujer ha muerto!

—Sea en horabuena, D. Juan,—exclamó alegremente la fondista,—ahora descansará usted.

—Albricias, señor D. Juan,—dijo el mozo....—por muchos años.

No había en la sala otros parroquinos, y ama y mozo se despacharon á su sabor comentando el suceso feliz que de tamaño peso libraba al pobre hombre; Doña Manuela dispuso festejarlo con un Jerez abocado, de que gustaba Monreal, pero él se negó con breves palabras: apenas sonrió á la ocurrencia del mozo, que no quiso traer calamares con su tinta por parecerle plato de duelo. El se sentó en su mesa taciturno, sin mostrar ganas de hablar ni de comer:

—Pero, D. Juan—observó la viuda de Romacha,—está usted más triste que nunca, y lleva usted una temporadita.... Cuando debiera usted bailar de cabeza.... sin agravio para la difunta, á quien no he conocido sino por los malos recuerdos que ha hecho usted siempre de ella.

—Siempre, sí, Doña Manuela—dijo Monreal;—pero no se saca un clavo sin que la fatalidad meta otro en su lugar, y clavado se vive, y clavado, entre cuatro tablas, le llevan á uno á la sepultura....¿Qué tal va Carmencita? ¿Salió bien de su cuidado?

—Muy bien; ha parido un muchachón que espanta de grande.

Dejó desbordar Doña Manuela la espita de su orgullo maternal, y entretanto Don Nepomuceno apenas probaba los platos que el amable mozo le ponía delante, contestando con sies distraídos y mirando, como si jamás lo hubiese visto, el cuadro de enfrente.

Tenia Monreal sus secretas razones para estar pensativo. Sólo de acordarse de la prima mayor (y no se le despegaba un punto de la imaginación) se le caían las alas; esto á pesar de que, humillada y corrida, era ella quien lo solicitaba, después de quebrar con él altanera y haber hecho lo que la daba la gana de modo tan desastroso, y á pesar de que las estupendas declaraciones de Pietro Calli y Giacomo Verola, que le pasmaron, indignaron y encolerizaron hasta decidirle á ir al Caballito; él, el flojo, el pacato y el maula, le prestaban fuerza incontrastable y aseguraban el triunfo de su idea, puesta en peligro por la ligereza y el tardío acceso amoroso de misia Jeromita y que él juzgó perdida y por perdida la tuvo hasta su visita á la ferreteria en la tarde del 30 de Mayo.... Cubriose Monreal los ojos con ambas manos, sufriendo el vaho de cebolla frita que subía del plato, y reconstituyó la escena de la trastienda, el gesticular de Giacomo y sus dicerios contra el bonito Fortunato, la pasiva aquiescencia de Pietro, y sus *ecco* de conformidad en todos los extremos del relato indigno, su propio enojo, sus amenazas de castigo, las súplicas de ambos en premio de su sinceridad. Luego, cuanto anduvo é imaginó para deshacer la trama sin ruido, y la valerosa resolución de presentarse en el Caballito. Indudablemente, lo que era baldón y oprobio para la prima mayor, vilmente engañada, importaba la continuación del pacto de familia, la seguridad del porvenir de Leoná....

Apartó las manos D. Nepomuceno, y vió juntó á sí á Doña Manuela, que le interrogaba afectuosa por su desgana y sus cavilaciones. ¿Qué le pasaba al señor Monreal, que ni un grano de arroz había catado? Preocupábale mucho las tristezas de su parroquiano, y hacia dos meses que éstas iban de mal en peor: ¿lloraba la desgracia de su mujer ó sus esperanzas de jubilado? Sentose en una silla próxima, tegiendo con unos palitos un gorro de lana para el nieto, sin perder pisada del mozo, ni bocado de los dos pensio-

nistas que habian entrado mientras divagaba Monreal en sus reflexiones.

—Señora Doña Manuela— dijo D. Nepomuceno metiendo la enrollada sevilleta en el anillo de hueso:— ya comprenderá usted que cuando un hombre se olvida, como yo, de disfrazar la cara ante el público, es que muy graves cosas le pasan; si de estas cosas pudiera usted sacarme con bien, á usted acudiría porque mire usted que nos conocemos de años! eche usted la cuenta: Pepita y Carmencita tenían seis ú ocho, y el pobre D. Benito no pensaba aún morir de su pulmonía.... Paes, mientras todo se ha transformado á mi alrededor, y unos se han casado, otros han fallecido, los demás subieron ó bajaron, yo soy el mismo empleado de Hacienda, petrificado en su puetro y que sólo espera la jubilación y la muerte; el hijo del Estado sin voluntad, sin independencia y sin ilusiones de fortuna, como no sea por los caminos del prevaricato, que me venda mi limpia y honrada historia. ¿No ha de entristecerme, señora, esta inmovilidad mía, en medio del torbellino de progreso que á todos arrastra, á ustedes los Romacha los primeros, que yo les conocí pobrecitos y hoy no le cortan á usted un brazo por menos de cincuenta mil pesos.... sí, señora, sí... esta inmovilidad, digo, y la exposición diaria á un puntapié ministerial que me arroje á la calle sin más defensa que estos dos brazos inútiles, no por enfermos, sino por perezosos? Invalido de oficina, ¿á qué asilo me acogeré? ¡Ay, Doña Manuela, las abejas matan á los zánganos y hacen bien!

—Siempre ha dicho usted lo mismo—observó la fondista, que compadecía el sospechado desequilibrio del cliente;— y que usted debía de ser diputado, por lo menos....

— Naturalmente— amó afinimándose Monreal;— ahí está mi error, que pude meterme en política y no me metí, ¡pues no era todopoderoso mi tío Rodríguez de Eneene! Si

en la época de su influencia abro yo la boca, saco lo que quiero, lo que hubiera querido, Doña Manuela, pero, ya me lo decía mi tía Damiana: «Hijo, ¿a dónde vas con el trapo sucio de tu mujer?» Y no fui á ninguna parte.... Se ha muerto tarde, demasiado tarde.

— De todos modos, usted no es hombre de lectura ni de estudio, D. Juan, y me parece que ya nació así, destinado á no moverse, á quedarse donde le pusieran, y dé usted gracias á su tío Eneene que le puso donde está y que no ha habido Ministro que le tocara.

— Las doy, señora, todos los días al levantarme: Gracias, Señor, porque me conservas mi empleo y le quitas al Ministro la mala idea de suprimirme... En cuanto á eso de que no soy hombre de lectura, ¿se necesita, acaso el acreditarlo para ocupar cargos públicos? Al contrario, si creo yo que estorba. ¿Quién lee hoy día, señora, otro impreso que los periódicos? pues ninguno más abonado que yo, que ni los avisos de mi *Opinion* y de mi *Cotidiano* perdono. En una banca del Congreso haría yo el mismo papel de muchos, y quizá más airoso... Esto de la incertidumbre del mañana carcome la vida, señora: me faltan aún dos años para alcanzar la jubilación. ¿La alcanzaré? ¡Dios sabe! Está uno á lo que El disponga, sin que las admirables facultades que nos dió para guiarnos y ayudarnos, nos sirvan de nada á los Pérez Orza de mi clase (yo soy hijo de una Pérez Orza, Eufrasia, la hermana de D. Jesús). A veces, quisiera amputarme las dos manos para dar una disculpa decente á mi conciencia. ¿Cómo he de trabajar en esta columna, si soy manco y no pudo valerme? Y aun así, debería trabajar con los pies, que hay quien toca instrumentos y pinta con ellos muy diestramente.

Se rió la de Romacho de aquellos resquemores que la propia inutilidad despertaba á menudo en D. Nepomuceno, y le dejó para atender su mostrador. El cayó de nuevo en su melancolía, y triturando el mondadientes y acariciando la perilla se quedara adormilado, si no sonaran las doce en

el reloj que debajo de Prim marcaba el tiempo con su reluciente péndulo de metal.

Con algún atolondramiento se levantó D. Nepomuceno, y, saludando á Doña Manuela y al mozo, salió de la fonda. El sol le ofuscó en la calle, y le aturdió más el ruidoso movimiento de las humanas abejas en plena labor; aquellas excusas que le sirvieron para disculpar su tristeza ante la viuda preguntona, le picotearon cual si realmente se hubieran convertido en los agentes encargados de dar muerte al zángano mayor que existió en colmena alguna, y él agachaba la cabeza de reo que á su suerte se resigna: no merecían otro premio sus sesenta años de vida vegetativa. ¿Qué le debía la patria? Unas cuantas resmas de papel, llenas de garrapatos ociosos, que la polilla tranquilamente comería en el rincón de empolvado archivo... Muchas veces, en los momentos más crueles de aplanamiento moral, sentía D. Nepomuceno el vacío de su existencia, y ciertamente si á las angustias del alma desorientada se agregan las del estómago, da con su cuerpo en el fondo del río. Es decir que, falto de sueldo, moriría como si el aire ó el alimento le faltaran, pájaro olvidado en la rama y que dejó papá Estado con tamaño pico para llenar el buche de otros tragaldabas.

Zumbarónle, pues, más que otras veces, las razones que él mismo exponía, con lucidez que revelaba mediana inteligencia y no escasa delicadeza, para censurar su ingénila holgazanería, caminando maquinalmente hacia la oficina, calle del Veinticinco de Mayo abajo, entre el rumor efervescente de la gran ciudad, y el picoteo de ellas producía esta idea consoladora: la de que si por inútil le mataran, se vería libre de la entrevista con misia Jeromita, duelo ineludible y de dudosas consecuencias...

Porque, en primer lugar, misia Jeromita no se dejaría convencer, y quizá la encontraría más embrujada por el otro, precisamente en virtud de la amorosa zurra que suele ser de admirables efectos en casos tales; luego, el otro ¿no se defendería de la denuncia? ¿Qué pruebas materiales lle-

vaba el desprevenido y acuitado Monreal? ¡Valiente gracia que el otro sacara los puños en su defensa, á falta de mejor disculpa! Estremeci6se D. Nepomuceno. ¡Ay! su inutilidad no era sólo relativa al buen servicio de la República y de su propia conveniencia, sino general y absoluta: era él un sér anodino, y bien hizo quien le colocó en el torno de una oficina, como enjendro imperfecto que jamás sabría valerse de sus miembros: en su vida pacífica y soñolienta de molusco, no tuvo ocasión de ejercitar, si es que en realidad lo poseía, su valor personal, entumecidas como estaban sus facultades miserablemente, y aquel alarde de Quijote por fuerza le asustaba. Si no fuera por Leona, por su adorada Leoncita ...

Confesábase Monreal muy por lo bajo, que el trance en que la prima Jer6nima se veía le interesara poco, si no comprometiera la situaci6n de Leona, muy poco, á la verdad, á pesar de los catamarqueños recuerdos que se alzaban en el fondo de su memoria para acusarle: como que la dejaba en la estacada y no afrontaba los peligros que suponía el arreglar tan vidrioso asunto. ¡Arreglarlo! Aquí de la duda de Pantaleona, y eso que Pantaleona no estaba al cabo de la calle: ¿qué arreglo cabía? La honra es cristal, que una vez roto, las soldadas trizas, si es que soldarse pueden, muestran la indeleble huella del desperfecto sufrido. ¿Qué arreglo cabía? Desde la revelaci6n de la antevíspera, Monreal lo preguntaba á su almohada, la más sabia consejera, y la almohada permaneci6 muda como un canto, muda como en las pasadas noches de insomnio que también le preguntaba acerca del medio de salvar á Pantaleona; Leona, su norte, su mundo, su cielo; Leona, joya única, desasosegado afán de su vida entera, compendio de sus aspiraciones todas ... ¿No le oía nadie? Pues si no le oía nadie, y nadie habia de descubrir el secreto que celoso guardaba, ¿por qué no dejar cantar dentro de su alma aquel amor purísimo, y recrearse con su música?

Se distrajo y olvidose del motivo que á la casa de Go

bierno le llevaba; ya cerca de ella, entre el enjambre de empleados, pretendientes, periodistas y ociosos, á más de un conocido, que deseó saber la causa de su riguroso luto, anunció la buena nueva, y sufrió apretones de mano, afectuosas palmadas, frases de felicitaci6n como esta: «¡Que sea enharabuena! ¡Al fin se sali6 usted con la suya!...» y otras muy crudas que á él mismo le disgustaron. Antes de llegar, la casualidad le puso delante del negrazo que hacia de portero en su oficina, quien al verle estir6 la elefantina trompa, en forma de saludo, y él se apresur6 á detener al risueño orangután de librea color de café con botones amarillos.

—¿Ha venido el Subsecretario?—pregunt6 D. Nepomuceno.

Para contestar que no, enseñ6 el negro una caja de dientes amenazadores, cual si ofreciera morder, y añadi6 Monreal:

—Bueno; pues le dices de mi parte, cuando venga, que hoy faltará á la oficina: ¡se ha muerto mi mujer!

—¿De veras, señor Monreal?—aull6 el horrible mono;— ¡qué suertudo es usted! Me alegre mucho...

Huy6 D. Nepomuceno. La mirada que él arroj6 al tranvía de la tablilla roja con letras blancas, que esperaba en la esquina, debia de ser la misma angustiada de los gladiadores que á luchar con las fieras bajaban al circo. Porque fieras eran aquellas del Caballito, el criminal florentino y su formidable prima mayor...

